

Precio de suscripción

UNA PESETA trimestre
en toda España.

PAGOS ANTICIPADOS

Toda la correspondencia
AL DIRECTOR

EL ORDEN

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Precios de inserción

ANUNCIOS—1.ª plana 0'10
pesetas línea.
» 4.ª » precio
convencional.

PAGOS ANTICIPADOS

Redacción y Administración
Paseo de Marín Barnuevo 6.

AÑO I.

CENSOR ECLESIASTICO, DR. D. FRANCISCO VIGUERAS CÓRDOBA.

Párroco Arcipreste.

NÚM. 13.

Cieza 14 de Mayo de 1893.

LA CUESTIÓN SOCIAL Y EL SR. PI Y MARGALL

II.

Decíamos en nuestro artículo anterior, después de transcribir las palabras del Sr. Pi y Margall publicadas en el último extraordinario de *El Liberal*, que, en vista de ellas, no vacilábamos en afirmar: primero, que el Sr. Pi y Margall desconocía, ó, al menos, no había acertado á expresar con precisión y exactitud la naturaleza propia y los caracteres distintivos de la llamada cuestión social; segundo, que el señor Pi y Margall desconocía igualmente las verdaderas causas que han hecho surgir dicha cuestión en el seno de la sociedad moderna; y tercero, que el Sr. Pi y Margall erraba completamente, al afirmar, que el mal estaba en las leyes y que en la legislación había que buscar el remedio ó sea la solución de la cuestión social; y prometimos, con la ayuda de Dios, probar estas afirmaciones en artículos sucesivos. Debemos, pues, dar hoy comienzo á nuestro trabajo, dejando corroborada la primera de nuestras proposiciones, á saber: que el Sr. Pi y Margall desconoce ó al menos no ha acertado á expresar con precisión y exactitud la naturaleza propia y los caracteres distintivos de la cuestión social. Parécenos que no ha de sernos muy difícil la demostración de nuestro aserto. Y á la verdad, el Sr. Pi y Margall empieza su estudio, afirmando la existencia de dos clases sociales, la de los trabajadores y la de los capitalistas: la de los ricos y la de los pobres. Describe, á su modo, los caracteres de una y otra clase; enumera las que, según él, son causas de la pobreza de unos y de la riqueza de otros; y, por último, se pregunta: «¿Puede ni debe subsistir esa monstruosa desigualdad de condiciones? Y se contesta: «esta es á mis ojos toda la cuestión social; esto, el problema del presente y del futuro siglo». Resulta, pues, reducido todo el problema social, según el Sr. Pi y Margall á la monstruosa desigualdad de las diversas condiciones sociales. Ahora bien; ¿es cierto que el problema social consista precisamente en esta monstruosa desigualdad de condiciones? Para nosotros es indudable que el Sr. Pi y Margall no ve el problema social en esa desigualdad, por lo que tiene de monstruosa; sino por lo que la hace ser desigualdad y nada más; pero aun suponiendo lo primero, no cabe duda de que esa fórmula ni es enteramente exacta ni expresa el fondo de las cosas. El problema social es de naturaleza muy compleja; y sin que nosotros intentemos penetrar en sus profundos senos, ni exponer al pormenor todos y cada uno de los elementos que lo integran, es claro, como la luz, que así como el hombre consta de cuerpo y alma, del mismo modo en esa pavorosa cuestión social, que, como

fantasma aterrador, se levanta en el horizonte de las modernas sociedades, hay dos elementos que esencialmente la constituyen, el elemento material ó puramente económico y el elemento moral ó espiritual; y en este, mas aun que en el primero, pero juntamente con él, se encuentra la esencia de nuestro problema social. ¿Quién no lo conoce? Si escuchamos las arengas de los tribunos del socialismo, si estudiamos los acuerdos ó conclusiones de sus congresos, si presenciamos las manifestaciones públicas, en que los obreros ondean al viento con gruesos caracteres todo el programa de sus reivindicaciones sociales, si leemos los periódicos órganos de sus aspiraciones y, en fin, si tenemos en cuenta las explosiones frecuentes de ese volcán, en cuyas entrañas se encierra la ardiente lava que amenaza destruir, hasta en sus cimientos, con una erupción universal y súbita todo el edificio de la sociedad actual, no podremos menos de reconocer, que en el temido problema social hay algo mas que el fenómeno económico de la desigualdad social, por grande que esta sea; algo, que no dice el Sr. Pi y Margall, el fenómeno moral de la lucha, de la división, del antagonismo del odio entre las diversas clases de la sociedad; odio, división y antagonismo que revisten caracteres excepcionales, como jamás los hubo en las diversas épocas de la historia. «Mandamos, decía el comité central de Londres en 13 dt Julio de 1871, á todos nuestros hombres que atíen el fuego del odio y de la venganza, por nosotros encendido contra la Religión, la autoridad, los ricos y los de la clase media... No se han apaciguado nuestros corazones ni nuestros espíritus. Muy pronto recurriremos á las explosiones violentas y terribles que pondrán fin al sistema social existente, destruyendo, si es necesario, por el hacha y el fusil, todo lo que hoy se conserva en pié en el orden civil y religioso». Hay aquí, como se vé, algo mas que la monstruosa desigualdad de condiciones; algo, que es superior á la mayor ó menor participación en los bienes de fortuna; algo, en fin, que radica en el alma, en el corazón de las muchedumbres y que solo puede explicarse por causas proporcionadas, por causas morales.

Si todo el problema social hubiese de quedar reducido á la mayor ó menor desigualdad de condiciones, como quiere el Sr. Pi y Margall, á la existencia social de ricos y de pobres, ó habria que decir que tal problema no merecía ese dictado ó de lo contrario, que se trataba de un problema irresoluble. Ricos y pobres los ha habido siempre en la sociedad; y, sin embargo, no siempre el problema social ha revestido los caracteres actuales ni aun en la época del paganismo; por el contrario, en las grandes edades cristianas y apesar de la pobreza de los mas y la riqueza de los menos y apesar de la desigualdad de condiciones, ¿cuan diferente era el cuadro que ofrecía la sociedad europea! «Entonces, exclama un orador elocuentísimo, salvo

las imperfecciones inherentes á toda naturaleza humana, ¿qué armonía entre todas las clases de la sociedad! Y como reflejo de tal armonía; qué hermosura social! Entonces; cómo los grandes respetaban á los pequeños y cómo los pequeños sabían amar á los grandes! Entonces bajo la influencia universal del amor de Jesucristo; cómo el rico sabía dar liberalmente al pobre, y cómo el pobre sabía, por el reconocimiento, corresponder al favor del rico! Y cómo este amor de Jesucristo, reinando sobre los corazones, arrojaba de ellos los odios y las envidias, que constituyen hoy la perenne amenaza del orden social! Entonces, sin duda, como en todas partes y siempre, podían existir, y existían en efecto, odios parciales; pero no, contra la sociedad, el odio universal; habia odios individuales; pero no el odio social: habia en una palabra, un principio engendrador del orden en la sociedad; porque habia un amor comun, en el cual todos, grandes y pequeños, ricos y pobres podían unirse y abrazarse.»

No, el problema social, tal como se halla planteado en las sociedades modernas, no puede reducirse al simple fenómeno económico de la desigualdad de condiciones, por grande que sea y por mas que deba tenerse en cuenta, como uno de sus factores; pues, por una parte, la desigualdad de condiciones, como derivada de la naturaleza humana, no puede desaparecer de entre los hombres, antes por el contrario es indispensable para la buena organización del cuerpo social; y, por otra, no puede darnos, por sí sola, explicación satisfactoria de ese antagonismo social, de ese odio, de esa conspiración socialista universal, permanente, implacable, á muerte, que hoy existe contra todas las instituciones divinas y humanas y que solo puede reconocer como causas principales y proporcionadas causas morales, las cuales prueban la verdad de estas palabras del docto alemán Hitze «Si consideramos con mas atención la indole de semejante lucha, veremos que es siempre la misma, aunque en diverso terreno, así como es uno solo é idéntico el principio que se defiende ó ataca. En definitiva no es otra cosa esa lucha, sino la guerra entre el Cristianismo y el anticristianismo, entre la civilización cristiana y la civilización pagana. De aquí ese encarnizamiento que por todas partes se suscita; como que se trata de los mas preciados bienes de la humanidad, por los que se viene luchando hace algunos miles de años, y por los que hoy se empeña el combate decisivo, que dará tal vez la victoria á uno de los combatientes.»

Esa es, y no la monstruosa desigualdad de condiciones, concausa, si, pero á la vez efecto del odio, la verdadera naturaleza del problema social contemporáneo.

R. C. y M.

El Papa y Guillermo II

La audiencia pontificia que habían pedido los emperadores de Ale-

mania aun antes de su llegada á Roma, y que acaba de celebrarse, según el ceremonial establecido por el Vaticano y aceptado por sus majestades, ha sido el tema dominante de su permanencia en la Ciudad Eterna.

La atención pública de toda la ciudad ha sido constante sobre este asunto, durante las tres horas que se han empleado en los preparativos militares y durante las dos horas que ha durado la visita de sus majestades en el Vaticano.

Después del almuerzo, que se verificó en la embajada de Prusia cerca del Vaticano, al que asistieron los Cardenales Mocenni y Ledochowski, monseñor Segna, Secretario de la Congregación de asuntos eclesiásticos extranjeros y monseñor de Mortel, auditor de la Rota, por Austria, llegó la emperatriz á Villino Santaflore, cerca de Santa María la Mayor, donde fueron presentados á la emperatriz los Cardenales y los Prelados.

A las dos y media partieron los carruajes para el Vaticano, llevando primero los Cardenales y los Prelados que habian asistido al almuerzo, luego al ministro de Prusia cerca de la Santa Sede, el Sr. Bülow y los personajes del séquito imperial, todos de gran uniforme y las damas de la corte de la emperatriz.

La carroza imperial seguía la última, tirada por cuatro caballos con cochero y lacayos de gran librea, y escoltada por dos correos de gabinete. El emperador vestía el uniforme de husar y la emperatriz traje negro adornado con ricos encajes.

Las tropas cubrían la carrera, que estaba ocupada por inmenso público. El carruaje imperial ha pasado bajo el pórtico de Carlomagno, á lo largo de la calle llamada de los Fundamenta detrás de la sacristia de San Pedro. Los honores se han tributado en el patio de San Dámaso por una compañía de la guarda palatina, colocada alrededor de la bandera pontificia que SS. MM. han saludado respetuosamente. Allí, á su bajada del coche, han sido recibidos primeramente por el príncipe Francisco Ruspoli, maestro del «Sacro Ospizio»; por monseñor Sambucetti, secretario de la Congregación del Ceremonial y por dos camareros de honor de capa y espada. Un destacamento de guardas suizas con alabardas, corazas y penachos y otro de gendarmes pontificios, con uniforme imperial se hallaban abajo de la gran escalera que desde el patio de San Dámaso conduce á las habitaciones pontificias. Monseñor Della Volpe, mayordomo de Su Santidad; monseñor Pifferi, sacristan; monseñor Cassetta, capellan secreto, y los camareros secretos eclesiásticos y otro destacamento de la guardia suiza escoltaron á SS. MM. hasta la sala Clementina.

Aquí fueron recibidos por Monseñor Cagiano di Azebedo, maestro de Cámara y por los Prelados y personajes de la antecámara secreta de Su Santidad, que los acompañaron atravesando diversas salas donde se hallaban los oficiales de los gendarmes, de la guardia palatina, de la

